

EL RECONOCIMIENTO DE SÍ MISMO EN LOS MILITANTES DEL M-19*

Mario Luna Benítez**

Resumen

El presente artículo ofrece una serie de reflexiones sobre el tipo de reconocimiento que de sí mismos tienen ex militantes del antiguo movimiento guerrillero M-19 y muestra que no existe entre ellos una imagen homogénea y estable derivada de su participación en la acción armada y política del grupo.

Abstract

This article undertakes a reflection on the "self understanding" that ex M-19 guerrilla members have of themselves. It argues that there is not an homogeneous and stable self image that may be deduced from their armed and political participation and experience.

Palabras clave: Acción Colectiva, Actor Político Armado, Frente Nacional, Identidades Sociales, Proceso de Subjetivación, Discurso.

Key Words: Collective Action, Armed Political Actors, National Front, Social Identities, Discourse.

* El presente texto forma parte de un conjunto de investigaciones del autor sobre el grupo guerrillero M-19, adelantadas en el marco del Grupo de Investigación *Acción Colectiva y Cambio Social* del Centro de Investigaciones -CIDSE- de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle.

Artículo recibido el 17 de septiembre de 2007

Aprobado el 13 de noviembre de 2007

** Sociólogo. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle.

Introducción

La investigación del problema del reconocimiento subjetivo de sí mismos en los militantes del M-19, parte del examen del tipo de relaciones que mantienen los individuos que participan de una acción colectiva política con el “marco normativo” que la orienta y traza directrices para la militancia (Cf. Snow, 1986). Sabemos que este marco normativo concreta una serie de regulaciones internas (creencias y valores como principios, y normas que definen reglas de juego para los partícipes) producto de “un cuadro de interpretación” más general sobre distintos aspectos concernientes a la acción colectiva que las organizaciones políticas tratan de realizar.

El mencionado cuadro de interpretación contiene una serie de representaciones e ideas sobre la sociedad, el Estado y el régimen político como contextos más generales de la acción política, pero también sobre el sentido y los fines que la organización persigue, las relaciones con los campos más inmediatos donde la acción se lleva a cabo y los medios a utilizar, lo que quiere decir que traza las posibilidades y límites de la acción. El marco normativo cumple una función de integración de esos aspectos implicados en la acción y en las orientaciones que siguen lo adoptan. De otra parte, las formas organizativas y el liderazgo son un intento por hacer aceptable, predecible, continuo y permanente dicho “cuadro de interpretación” (Cf. Melucci, 1987)¹, cuadro que se encuentra sometido a múltiples tensiones, incluyendo las derivadas de las ideas informales de quines a él se acogen. En el caso del m-19 si bien hubo un liderazgo fuerte, sus formas organizativas fueron fluidas, aspecto que examinaremos, aunque solo en sus efectos.

Los analistas normalmente fijan su atención en el aspecto colectivo y suponen en otro nivel el análisis de los individuos. En pocas oportunidades es tratado el tema del impacto producido en el sentido colectivo de la acción, más allá del tema del carisma de los líderes. Lo normal es preguntarse por sus formas de ingreso a la acción, a pesar de que la relación no se agota en ese punto, pues gira además sobre la forma subjetiva en que los individuos se integran a ella. Esa forma subjetiva es el centro de la presente reflexión.

La solución a ese problema de integración que mencionamos supone que la acción colectiva crea esquemas de identificación, con pretensiones normativas, en función de los intercambios políticos. Este perfil puede subordinar otras aristas de identificación sociocultural presentes en la biografía de esos partícipes. En el caso del M-19, el asunto es específico: el grupo no impulsó la creación de un tipo de militante orgánico, homogeneizado por una ideología y una política. En las condiciones históricas particulares de Colombia, como indicaremos, fue abierto y flexible, hecho que va a suponer relaciones diversas entre sus militantes y la acción colectiva buscada.

El lector encontrará en los renglones siguientes algunas formas iniciales de respuesta a preguntas como por qué el M-19 es un actor político y por qué sus militantes se tratan como partícipes de una acción colectiva política. Este punto abre el camino para considerar vínculos profundos de sus miembros con su sociedad de origen, pasando a indicar luego de qué

¹ El cuadro de interpretación y el marco normativo se elaboran en medio de interacciones, de negociaciones y de la resolución de oposiciones entre orientaciones diversas (Melucci, 1987, pp. 34-35). Además, en el mismo proceso toma forma un discurso simbólico selectivo que apoya a los consensos en torno a la acción colectiva política y por consiguiente sirve de modo de integración en ella (Tarrow, 1997, pp. 207-233).

manera la emergencia del M-19 está inscrita en la propia crisis del Frente Nacional y en la crisis de las fuerzas de izquierda que lo combatieron, para finalmente avanzar en un intento “tipológico”, en la presentación de algunos casos singulares y en la formulación de una hipótesis acerca de cómo en esos militantes puede reconocerse a la sociedad nacional de la época.

Bases para considerar al M-19 como un actor político

El campo de la acción colectiva política considera a los partidos políticos civiles actuando en competencia normal en un régimen democrático o, en su defecto, en oposición a regímenes fuertes para restaurar la democracia. El M-19 es un actor político por su pretensión de generar una acción colectiva de oposición orientada a ampliar la participación en el régimen democrático colombiano. El argumento básico considera su deseo de articular la acción armada con la escena democrática, asociada a intercambios con actores institucionales y sociales. La tipología de Eduardo Pizarro, discutida en otro lugar (Luna, 2006b), daría para excluir de esta definición a las guerrillas que según él tienen un perfil militar. Ciertos enfoques que ponen el énfasis en la limitada capacidad de representación democrática de las guerrillas ofrecen un grado de dificultad para una definición como la nuestra (Palacios, 1999, pp. 64-67); Bejarano, tiende a adoptar argumentos variables sobre las estructuras y ámbitos de acción de las guerrillas y da otro lugar al tema de la representación (Bejarano, 1995), abriendo la posibilidad para darles un tratamiento político negociado.

Para algunos autores el uso de la violencia en ciertas acciones sociales no impide analizarlas bajo parámetros de la teoría de la acción colectiva (Tilly, 1978, pp. 174-188). Por su parte, della Porta (1987, 1990, 1995) discute la asignación de terrorismo que descalifica a las guerrillas italianas como actores políticos, al considerar su orientación para producir consensos colectivos y propiciar cambios políticos, e incluir el contexto de conflictos sociales en los que hacían uso de la coerción física. El problema es tratado por Wieviorka (1998), incluyendo el examen de la deriva hacia el terror. Así los guerrilleros son incluidos en las mismas categorías de pertenencia e identificación con las que se evalúan a los miembros de los partidos civiles. Della Porta critica las hipótesis que los definen como individuos en condiciones de anormalidad social. En el mismo sentido apunta Catanzaro (1995, pp. 7-16), al descubrir en los guerrilleros fundamentos políticos similares a los de las corrientes políticas italianas, con ideologías compartidas, con simbologías, pertenencias y subjetividades socioculturales semejantes y, aún más, al descubrir su asociación con subculturas políticas de la resistencia y la lucha partisana de la segunda guerra mundial, que también están en la base de la formación de los partidos políticos civiles.

Un enfoque similar hemos tenido sobre el M-19 (Luna, 2005), que nos permite avanzar a un segundo aspecto: el M-19 en su búsqueda de esa acción de oposición no brindó a sus militantes un perfil político normativo, homogéneo y general, que los integrara y creara un reconocimiento de sí mismos en su presentación pública y en sus intercambios políticos. El M-19 no elaboró un discurso, con sus principios, para seleccionar a sus miembros y guiar sus acciones políticas. No se propuso producir un militante que tuviera el perfil de una manera de ser social, en la definición de Jacques Ion (2006), un “*militant affilié*”², a pesar de promover

² El modelo es altamente masculino de izquierda, “suponía un compromiso a largo plazo, una inscripción en una organización jerarquizada, una separación radical de lo privado y lo público, un sacrificio de la persona individual y una politización de la causa para extenderla a un número de personas que la sostuvieran (la lucha de masas) y traducirla sobre la escena política” (T. del A.) (Ion, 2006, pp. 277-278).

la idea de “un hombre M-19”, una idea definida en el plano práctico operativo y en el orden de la resistencia a la represión, que llamaba a no doblegarse en el combate. En ésta no integraba “en un sistema de valores nuevos”, ni adscribía a un mundo social en el sentido de Bertaux (1997, pp. 13-14) y estaba abierta a la interpretación de los militantes. Por el contrario, el M-19 promovió la imagen del hombre corriente colombiano como partícipe directo del cambio, sin proponerle “revoluciones culturales”, apenas si la reforzaba con la promoción del “hombre nuevo” del Ché³, cuyas cualidades al fin y al cabo idealizaban al varón latinoamericano con sus patrones morales.

El M-19 abrió sus puertas a la concurrencia de los pequeños discursos portados por los militantes en su diversidad social y cultural, los mismos que agenciaban en sus intercambios sociales, incluyendo desde los de alto status social hasta los que provenían de sectores populares. En lo colectivo se entronizó en ese proceso una flexibilidad ética, influida por lenguajes socioculturales diversos e inscrita en distintos niveles de las transacciones políticas del grupo, individuales y colectivas. De otra parte, si bien existieron militantes con “intensidad del compromiso político” (Schmitt, 1992, p. 218), con su alto sentido de pertenencia colectiva, que coincidían con las altas jerarquías de los fundadores y de los mandos intermedios, hubo además un tipo de militante más flexible y libre, cercano a una especie de “militant affranchi”⁴. Sin embargo, en este extremo no se llegó a una militancia libre generalizada, esto es, sin relaciones con procesos jerárquicos de autoridad, aunque si hubo casos de una militancia que privilegiaba la fluidez de las relaciones horizontales en redes sociales o en contactos individuales.

Esta apertura del M-19 precisa un enfoque diferente pues sus asuntos colectivos sufren el impacto de las lógicas individuales y socio-culturales de sus militantes. En nuestro ejercicio, el hecho refuerza el papel metodológico de sus testimonios para descifrar *los reconocimientos de sí mismos*. Además, lleva a una búsqueda centrada en el cruce entre el ciclo vivido por el m-19 y el punto alcanzado por el individuo en sus trayectorias sociales, en el sentido de Bertaux (1997, pp. 15-16), donde resaltan en algunos las encrucijadas socioculturales de su vida.

El contexto histórico del M-19 y el enfoque sociológico de sus militantes

En el M-19 los principios ideológicos débiles, la concurrencia de múltiples lenguajes socioculturales en lo colectivo, su inestabilidad y sus contradicciones, su inasible diversidad empujando su deseo de una democratización general – nombrada por metáforas de lenguaje prepolítico como la del “sancocho nacional” – y su pugnacidad frente a la llamada oligarquía y a su estrecha relación con los militares – una especie de clamor por la independencia del Estado – tiene simetría y está asociada con la crisis de la política institucionalizada, desde la terminación formal del Frente Nacional.

³ Para una idea de éste patrón de “hombre” el relato vivaz de “Benigno” (Ramírez, 1997)

⁴ “Se puede ser militante sin estar comprometido en la duración y sin adherirse a un grupo; también se lo es haciendo publicidad de la vivencia personal, de modo que el testimonio se eleva al rango de recurso de la acción; se puede ser militante privilegiando los lazos horizontales entre individuos antes que a los verticales jerarquizados en el grupo; se puede estar involucrado en una causa y cuidarse de comprometer lo personal; se puede ser militante y hablar a *motu proprio*, y sin hacer de esta expresión un pasaje a la popularización de la causa” (T. del A.) (Ion, 2006, pp. 278)

El Frente Nacional (FN)⁵, lo recordamos aquí, fue un régimen político de coalición acordado por los dirigentes de los partidos conservador y liberal – un “pacto *ad-hoc*” lo llama Daniel Pécaut (1987) – con el consentimiento activo de las élites civiles y la jerarquía católica, para estabilizar la escena política electoral y la participación en la burocracia del Estado, fuentes ambas de los enfrentamientos partidistas, uno de los rasgos sobresalientes de *la violencia*. Este régimen político, acordado para 1958-1974, selló la alternación en el poder del Estado de los dirigentes de los dos partidos y un reparto burocrático paritario de las funciones gubernamentales y de los empleos en todas las instituciones públicas de nivel nacional, regional y local.

En 1974, cuando emerge el M-19, está al orden del día la crisis de ese FN, que incluye las de los partidos tradicionales, de la representación democrática y de la autonomía del Estado. Las transacciones gremiales y los arreglos de clientela dominan la escena, y entra en crisis el hacer la política basada en principios sociales, económicos, culturales e ideológicos que diferenciaban los programas de partido sobre muchos temas. Esos principios, golpeados por su inserción en la violencia, dejan de orientar las diferencias de los ciudadanos en los aspectos socioculturales, una crisis de las subculturas políticas (Pécaut, 1987), del talante político (una forma de presentación pública) que les definía una manera de ser cultural y socialmente conservador o liberal y comunista en el extremo. Además, con el dominio de esos arreglos, la representación democrática nacional se vuelve un imposible y, en general, se reproduce una separación de lo político con lo social, como un todo, en los intercambios políticos. Esta separación es un rasgo principal de la crisis de lo político en Colombia.

Por su parte, la izquierda vive con retraso un periplo parecido. Para los años 70, ésta se había diversificado en corrientes de oposición civil con aspiración a instituirse como partidos políticos ya fuesen democráticos, comunistas o socialistas, o simplemente marxistas de varios tipos. El partido comunista dominaba la escena con su historia tradicional de lucha por las reformas, cercana a la del propio liberalismo; el socialismo, en su versión distanciada del comunismo, al sustentar aspiraciones nacionales más que adhesiones internacionales⁶, había fructificado como corriente organizada inestable, con principios políticos flexibles, y se había diluido con el correr de los años 60; las nuevas corrientes del marxismo, ligadas al leninismo y en disidencia con el comunismo, disputaban fuertemente el campo de la oposición, con principios ideológicos fuertes e inserciones prácticas en el mundo sindical y popular; y las nuevas corrientes socialistas, de un marxismo intelectual renovado con la recepción y la apropiación de las nuevas ciencias sociales, fluctuaron entre constituirse en corrientes de pensamiento alternativo o en llegar a una práctica de partido que implicaba la adopción de principios ideológicos separadores entre sus grupos pero integradores de la militancia a otros niveles.

Los debates en medio de esa diversificación de la izquierda giraron en torno al análisis del Frente Nacional⁷ y de los rasgos del desarrollo capitalista en la sociedad colombiana, junto con debates sobre el lugar social ocupado por el agro y la necesidad de la reforma agraria democrática. Las diversas líneas de pensamiento, dieron lugar a esquemas de interpretación

⁵ Una descripción detallada del Frente Nacional, de sus rasgos y de sus acciones, y de su sentido político en Palacios, Marco (1995: 239-291).

⁶ Cf. Entrevista del autor y de María Elena González C. a Raúl Alameda y a Luis Emiro Valencia, mayo de 2005 y julio 12 de 2005 respectivamente.

⁷ Era un análisis sobre su carácter antidemocrático y su condición de generador de violencia. Esta imagen negativa, en la que la oposición política ponía el énfasis, sería el fundamento para justificar una reacción de violencia política.

de las realidades nacionales⁸, que a su vez sustentaron “marcos normativos” orientados en la dualidad de perspectiva entre la reforma y la revolución. Esta dualidad era el eje de las separaciones entre las corrientes marxistas y servía de base de apoyo a la definición de los principios de pertenencia y de las militancias.

Pero, además, en medio de esos debates, ocuparon un lugar destacado las discusiones sobre los aspectos de procedimiento, sintetizadas en la alternativa entre los usos de los medios legales o de los medios ilegales, o bien, entre la participación electoral, que se suponía acompañaba a la reforma, y la lucha radical armada, acompañante a su vez de la idea de revolución. Estas dualidades que sintetizaban la discusión sobre las estrategias fueron adoptadas como otros principios normativos que separaban a los grupos políticos y a las militancias.

Este último no fue un debate en el aire, tuvo su contexto de definición práctica. El desarrollo de la oposición civil, de viejo o nuevo cuño, fue acompañado de la emergencia de las guerrillas, en los años 60, que disputaron fuertemente el campo social y político de la oposición revolucionaria. Sobre su variedad y su análisis no nos detenemos aquí, remitimos a los estudios anteriores (Cf. Pizarro, 1996, Luna, 2006b), solo señalamos que para 1974 los grupos principales, por diversos factores, estaban en crisis, a excepción de las FARC, adormecidas en el letargo de sus “zonas refugio” de colonización. Las guerrillas tenían sus principios normativos de definición, que las separaban dogmáticamente unas de otras y eran motor de la disputa en el campo de las militancias radicales de izquierda.

Visto así el panorama de la izquierda, en los años 70, podemos establecer cómo poco a poco predominaron en ella las luchas trazadas por las ideologías y de una posible relación intelectual creativa frente a las realidades sociales sus divisiones pasaron a la disputa dogmática (un último coletazo de los motivos primarios de la violencia de los años 50). Esta disputa instauraba también para la izquierda un paulatino separarse lo social (entendido como las luchas sociales y además como la orientación por la demanda de la política social y los derechos sociales) de la misma política, para definirse ésta en el campo de las abstracciones ideológicas y de la misma lógica de las clientelas. Ese alejamiento de lo social, a imagen y semejanza de la propia dificultad del Frente Nacional para resolverlo, pauta la crisis de la izquierda.

La emergencia del M-19 coincide con esta crisis y a ella quiso responder con deseos de unidad de acción política (la experiencia de Firmes) tanto como deseó dar respuesta a la crisis de las guerrillas con propuestas similares (la coordinadora guerrillera). Para tomar distancia de ese presente problemático de la izquierda, el M-19 decretó, con sus propias limitaciones, la suficiencia y saturación de las interpretaciones sobre el país, y determinó el olvido de las ideologías. Sin embargo, con su filiación en este contexto de la izquierda nunca pudo resolver lo principal, esa separación de lo social y de lo político incrustado en el corazón de sus definiciones. De esa forma, detrás de un matizado vanguardismo, lo social en su caso llegó a ser finalmente la variedad sociocultural de sus militantes, una asimilación y reducción que tuvo una auto legitimación política en la idea de que el M-19 era “el pueblo o la democracia en armas”, una idea que en los años 80 llegó a ser el eje de su orientación política de

⁸ Esos esquemas respondían a adopciones más o menos libres del ejercicio del marxismo portador de sentidos creativos y abiertos de la interpretación de la realidad nacional, o bien, a adopciones cerradas y religiosas, en ese mismo ejercicio, basadas en creencias ideológicas derivadas del “quehacer teórico”. Estas adopciones creaban una base existencial para las divisiones de las militancias.

oposición, en la que desde su emergencia habían concurrido otras ideas de la izquierda tradicional.

Si el M-19 no se orientó por imponer un “marco normativo” fuerte quedó a merced de los efectos de otros cambios institucionales sobre sus militantes. La crisis del Frente Nacional es también la crisis de un tipo de sociedad nacional integrada en distintos órdenes y orientada hacia el logro de ciertos niveles de bienestar, en la que los miembros de los grupos y las clases sociales tuvieron la oportunidad de desempeñar roles sociales y económicos que permitían cierto equilibrio en el tiempo entre sus trayectorias biográficas (familiares, educativas, laborales, sociales y políticas), así fuera en forma limitada. Este logro social, que tenía sus restricciones, entrará en crisis, cambiando los parámetros prácticos que eran el soporte de una identidad social. Este quiebre puede ser reconocido en el estudio de las trayectorias biográficas de la militancia del M-19.

Estos antecedentes históricos nos llevan a un ajuste del enfoque sociológico, validado por el tipo de datos empíricos obtenidos: Una fracción de miembros del M-19, formados en los parámetros de la sociedad del Frente Nacional, pueden examinarse en los términos clásicos de la acción social, concebida como la interiorización de unos valores y unas normas, expresados en roles sociales, acorde con una idea de sociedad en la que las conductas, los roles sociales y las creencias estaban estrechamente relacionados (Dubet et. al., 1995, pp. 104-107). Otra fracción de militantes concuerda más con la desintegración de esa sociedad del Frente Nacional, o provenían de sectores sociales donde los beneficios de ella habían sido precarios y se imponía la hegemonía de otros actores de violencia. En estos miembros el enfoque sociológico está más del lado del campo del análisis de la individuación y de la subjetivación (Touraine, 1997, pp. 27-97), asociado a las realidades sociales nacidas de una crisis de las sociedades nacionales, de los Estado-nación y de la quiebra del horizonte de desarrollo de una sociedad industrial, donde el eje de las acciones colectivas estaba dominado por un conflicto central (capital y trabajo) (Dubet, 1994, pp. 52-69).

En la primera orientación el actor individual resulta ser un *sujeto moral*, un maestro de sí mismo mediando el proceso de una socialización que lo inscribía en la dimensión de lo social y le daba sentido ético a sus proyectos, a sus relaciones con otros, y que atemperaba sus pasiones y sus intereses egoístas. El individuo reproducía los parámetros de la acción colectiva en la que se inscribía. La forma de acción colectiva de oposición proyectada por el EPL, inscrita en el P.C.m.l., le es afín. En éste, la política era concebida como la exposición pública de creencias y de principios ideológicos – oficiando como normas y regulaciones – y el sujeto histórico esperado resultaría de su realización práctica.

La segunda orientación concibe que el actor social (o una parte de él) puede constituirse en un sujeto no reducible a lo social y a sus determinismos (Dubet et. al., 1995, 104), o bien, reivindica una relación entre historia social y biografía individual cuyos criterios de la puesta en acto de esa relación no son los de una articulación directa e inmediata entre las llamadas “estructuras sociales” y unos individuos caracterizados como sus agentes, sin que esto signifique dejar de lado la operación sociológica del problema (Martuccelli et. al., 2004, pp. 295-296). Sirve para estudiar actores no definidos por su inserción en estrategias de integración (rol social, pertenencias e identidades primarias) y/o estrategias de concurrencia (participación en un juego de intereses dentro de un “mercado”, definido no como exclusivamente económico), esto es, actores cuya acción no es una expresión de un rol social o de sus intereses (Cf. Dubet, 1994). Sirve para estudiar *los actores sociales* que no corresponden a la propuesta de Mead (1963) de creación en negativo del sujeto, o identidad negativa.

Tendríamos dos situaciones de los militantes del M-19: En un primer polo, los individuos que asocian sus diversas lógicas de acción y cuyo reconocimiento de sí como sujetos sociales no significa un gran esfuerzo, profundizan una identidad primaria integradora o toman distancia en un sentido de historicidad (Touraine, 1987). En un segundo polo, los individuos que con dificultad correlacionan sus estrategias de acción y las experimentan disociadas, su auto reconocimiento se expone como *una experiencia vivida* en sus diversas trayectorias.

En los movimientos sociales clásicos la distancia crítica permite el reconocimiento de sí mismo en una relación negativa con el sistema que los integra. Mientras en los actores cuyas acciones colectivas no tienen ese status, tal el caso del M-19, dada la disociación entre sus estrategias, el sujeto individual no expone un principio central integrador que le brinde coherencia a su actividad y a su experiencia como actor, y por el contrario, expresa disociaciones y tensiones profundas y realiza *puntuaciones de lenguaje que pueden definirlo como un no sujeto*. En este caso no tiene realidad *una identidad social*, ni positiva ni negativa, y es marcada una distancia entre la acción social realizada y la experiencia social reconstruida. En ellos la búsqueda a ultranza en sus relatos de una identidad social es un camino difuso encubierto apenas por los esfuerzos del investigador para asignarla en una operación más política que de desciframiento sociológico. Los actores resultan ser un compuesto caleidoscópico de fraseos nuevos con fragmentos recuperados de discursos sociales. En este compuesto más que dominados por *una identidad* que los integre, los actores están definidos por *variadas alteridades* (se es más *el otro*) que son resultado de su participación en distintos intercambios sociales.

Aspectos del tratamiento metodológico a los relatos

El reconocimiento de un sí mismo es captable en los relatos en una lectura longitudinal, de la que reconstruimos un discurso como más abajo lo definimos. Pero advertimos que no en todos los casos es un indicador de una identidad social personal presente en la acción colectiva. La identidad es una categoría experimentada en la esfera de la circulación en público y de los intercambios sociales, por fuera de esta esfera el auto reconocimiento es una abstracción (Adorno y Horkheimer, 1969, p.54). Hay individuos que apenas dentro del artificio de la situación de investigación se acercan a trazar de sí mismos una imagen, pero es difícil denotarla automáticamente como su identidad social. Para efectos de nuestro ejercicio la *constitución en sujeto* que parte del auto reconocimiento es examinada en el hablar en primera persona (el *je* en francés) más que en *el moi* reflejo interactivo experimentado en las diversas lógicas de acción⁹. Este sujeto o primera persona sería el *resultado de un trabajo* del actor en la situación de investigación y en la que reconstruye la experiencia social apropiándosela como suya. Esa situación le permite ganar capacidad de crítica y conocimiento de sí mismo y por lo tanto le posibilita adoptar un principio de autonomía mediada que no es un dato de su experiencia social.

Ahora bien, desde el punto de vista operativo, el primer paso es el considerar los datos de las entrevistas con los militantes del m-19 en *su condición de discurso* (Bertaux, 1997). Dentro de este término, elaborado con flexibilidad, introducimos reflexiones abiertas sobre sí mismos (percepciones e imágenes captadas en situaciones interactivas y en fases de su curso de vida), su dimensión subjetiva (recuerdos familiares, escolares, laborales, políticos, económicos), pequeños fraseos distribuidos a lo largo de las entrevistas con los que se quiere por momentos

⁹ Esta idea es sugerida por la lectura de Paul Ricoeur (1990).

dar cuenta de sí mismos (de sus aprendizajes, de sus valores, de sus sentimientos, de sus creencias y sus normas, de sus prácticas). También incluimos los elementos con los que se quiere dar coherencia al relato o, en el caso contrario, la presencia de formas de puntuarlo que manifiestan la presencia del azar, de la circunstancia, del juego y del dominio del contexto social más que de decisiones o determinaciones de ellos mismos. Esta operación de método no implica que concibamos el texto de las entrevistas como meras formas discursivas que niegan objetividad a los “hechos” narrados¹⁰.

El segundo paso es destacar que los *cuadros* de trayectorias biográficas están basados en relatos orales y documentales mediados por la situación interactiva dialógica. En general, son producto de un diálogo con el investigador y dentro de una diversidad de relaciones establecidas. Por su imagen de académico varios militantes sintieron la exigencia de una presentación de sí coherente, hilvanada en sus detalles, aunque fueran diálogos guiados por la asociación libre buscando ciertos objetivos. Los de base documental son entrevistas de periodistas en las que aparece el artificio de buscar “desde afuera” una coherencia para articular el curso de vida de los guerrilleros. Ahora bien, en los casos de notable “disociación social” (impactos de la violencia, pérdida de estudios o de tiempo laboral y de inserción social o institucional) dominó más el peso de los hechos que los esfuerzos narrativos de coherencia¹¹ y, en algunos casos, el entrevistado no buscó la coherencia que diera la impresión de tener o haber tenido un proyecto de vida integrado, en un hecho más cercano a su situación social y a su experiencia subjetiva en la época de su militancia.

En algunos militantes, la narración de la disociación social de sus trayectorias se vuelve objeto de definición política, esto es, de explicación causal y funcional (p. e. de la vivencia de la violencia de los años 50 o de la represión) que legitima motivos para la rebelión. Esta estrategia narrativa es un juego para hacer de la disociación un recurso, una forma de gestionar una “identidad política” legítima que aparece más en los reportajes periodísticos realizados a los líderes del M-19 (Cf. Lara, 1982).

Reunimos entonces los discursos en un *rango*, entre los que indican niveles de integración social y de reconocimiento de sí mismos como “pertenecientes” a una sociedad colombiana unificada, así sea en su imaginario, y los que indican las diversas fragmentaciones que vive la sociedad colombiana. Los *primeros* son tipificados por el militante que expresa una integración negativa con el sistema y que llamaríamos *convencional* a la manera de la definición de Mead ya citada; su auto reconocimiento gira en torno a un elemento cultural que para él es central en su proyecto de vida, que puede ser del orden de la propia sociedad colombiana y que se vuelca de forma crítica sobre ella con una imagen (p. e. cierta noción de la justicia, de la democracia, etc.). De los *segundos*, es ejemplo el militante que no tiene principio cultural integrador, ni crítico ni convencional, y que articula el reconocimiento de sí mismo en elementos inciertos de su propia vivencia, brindando una imagen del juego del azar que moldea sus trayectorias de vida separándolas. Su discurso indica una experiencia sin proyecto de vida.

¹⁰ Tomamos la alerta de Daniel Bertaux sobre este error: “Entre las experiencias vividas por un sujeto y su elaboración como relato se interponen mediaciones. Concentrar la atención en éstas (percepción, memoria, reflexividad del sujeto, capacidad narrativa, los parámetros de la situación de entrevista, etc.) puede conducir – es la posición textualista – a la conclusión de que todo discurso autobiográfico, y por extensión todo relato de vida, no son otra cosa que una reconstrucción subjetiva que en esencia no tiene ninguna relación con la historia realmente vivida” (Bertaux, 1997, p. 36), (T. del A.).

¹¹ Relacionada con lo que Bertaux (1997, p. 34) ha llamado la “ideología biográfica”.

Ahora bien, el trabajo de reconstrucción de experiencia, de los miembros del M-19, es mediado por tres dimensiones colectivas: *El plano generacional* que comprende la edad y la educación, la región de proveniencia del militante (que puede involucrar distancia crítica para asumirse como sujetos, una diferencia marcada entre los indígenas y los de colonización antioqueña), los años de activismo de izquierda, en la oposición civil, en la guerrilla y en el M-19, y el lugar ocupado en el esquema de jerarquía-base del M-19. Una segunda, *las fases del M-19* en las que se militó. Una tercera, *la época del país*, cuyas variables serían: grado de integración, grado de estabilidad, nivel de descomposición o disociación entre sus sistemas, variables gruesas que en un futuro permitirían afinar su correlación con los discursos sociales presentes en los militantes. Inter generacionalmente el período abarca desde 1920 hasta 1982. De la conjugación de dimensiones resulta una variedad de experiencias vividas en el conjunto.

Una posible tipología de militantes

La tipología de los militantes del M-19 es un resultado de un proceso de investigación realizado en dos niveles que se complementan, en un ir y venir del uno al otro: por un lado, de una lectura de múltiples relatos de miembros del M-19, consignados en las entrevistas, y, por otro, de un acercamiento analítico a esos relatos, alimentado por búsquedas teóricas, que nos permitiera hallar el sentido de sus discursos y las formas de sus trayectorias de vida¹². En un sentido inverso al de la propia investigación aquí exponemos primero su resultado, la tipología construida, y luego los relatos, éstos ya atravesados por los hallazgos. No sobra advertir, en primer lugar, que por razones de espacio no nos detenemos en el significado de dicha construcción de tipología para la acción colectiva política. Aunque merece una reflexión mayor, nos limitamos a presentar una conclusión; en segundo lugar, los relatos de cada miembro son complejos y se simplifican por la brevedad; en los tipos destacamos el perfil que creemos domina y singulariza a cada militante, pudiendo el lector, relevar otros como los importantes. Nuestro ejercicio es exploratorio y aproximativo.

Para establecer las dimensiones de la tipología, además haremos uso analítico del tipo de *trayectoria de vida* de los militantes. Esta puede abarcar un trecho de la vida narrada del exguerrillero hasta su ingreso al M-19 o hasta el momento de la entrevista. Los casos basados en fuentes secundarias tienen limitaciones para ser elaborados. Reducimos las variables para construirla: edad, educación, región, inserción en el trabajo, fase y actividad del M-19 al ingreso, que implica la necesidad de un tipo de militante. Serían así apenas indicadas rupturas de trayectorias potenciales y tipos de disociaciones que pueden corresponderse con las presentes en contextos sociales, en particular, contextos de violencia. Ahora bien, contamos con que el ejercicio de las armas en todos los entrevistados lleva a rupturas en sus trayectorias, implicando disociaciones entre diversas lógicas de su experiencia. Los niveles indicados según el *tipo de trayectoria de vida* experimentada son:

1. Con *integración o asociación mayor* de las trayectorias biográficas y de las lógicas de acción hasta desempeñar un rol social profesional (luego de estudios técnicos o universitarios). Caso de **Jacob**, similar al caso de **Navarro Wolf**.

¹² Elaboramos esta noción en otro lugar (Luna, 2006a) basados en Della Porta (1987), Bertaux (1997) y De Coninck y Godard (1998). La fuente de la idea de trayectorias biográficas están en el método de las “genealogías sociales e historias de familias” de Bertaux (1992, p.44-46).

2. Aunque es difícil proponer gradaciones, definimos un nivel intermedio de varias opciones cualitativas. Con *cierta integración pero incluyendo rupturas* en el curso de su vida y de una formación institucional que sobrepasa la adolescencia (secundaria, estudios técnicos o universitarios con los que rompe). **Pizarro, Fayad, Bateman, Sharión y Ernesto**. En el campo, donde son más evidentes las *rupturas previas* escolares o laborales, tenemos a **Ezequiel**.

3. Con *ruptura mayor* de una integración, o *disociada*, hay variaciones cualitativas: con ruptura temprana de trayectorias institucionales que tendían a la búsqueda de un rol en el campo o la ciudad, p. e. de la relación familiar y de la primaria sin que mediara el contexto de la vieja violencia, en el caso de **Santos**, o mediando ese contexto como en **Iván Marino Ospina**, o bien, *por disociación presente en nuevos contextos sociales*, ligados a actores de violencia o actividades ilícitas, sean guerrilleros o no, caso de **Lorenzito**, similar al de **Rigo**.

En cuanto al discurso vemos que entre más convencional sea contendrá mayor búsqueda de coherencia y de integración de la experiencia que trata de narrarse, entre menos convencional sean sus elementos menos importa la búsqueda de coherencia e integración. Los indicadores del *tipo de discurso* son:

1. *Convencional*, con variantes cualitativas. Por ejemplo, el discurso referido a un rol social (de categoría social, élite, campesino u otro), o a una institución social, política, militar o religiosa, etc. En general, hay inserción de fragmentos de ese discurso social en el de la guerrilla y, por ende, pudo sufrir cambios sucesivos hasta ser absorbido para lograr una plena identificación con la condición de guerrillero, según su imagen clásica o la creada por el m-19. Casos de **Jacob, Ernesto y Ezequiel, Bateman, Pizarro**. Incluye también el discurso *convencional de antiguos contextos de violencia*. Está centrado en recuperar la imagen de una vivencia como recurso para construir una memoria histórica en función de reinventar la violencia (en algunos casos se participa en su producción, en otros se recoge o transmite). Casos de **Iván Marino Ospina** o bien el de **Sharión**.

2. *No convencional* y es establecido en *la noción de experiencia* (Dubet, 1994, p. 91-112), esto es, tratando de articular o no en el discurso trayectorias incongruentes o lógicas de vida disociadas. Es el caso de **Santos** y de **Rigo**.

3. *No convencional*, correspondiente a *discursos de la nueva violencia*, sea guerrillera o de otro orden. En ellos son reinventadas formas de reconocimiento ‘tradicional’. Caso de **Lorenzito**. El de **Fayad** es un discurso que parte de una idea de la violencia años 50 para crear un nuevo sentido e iniciar otra etapa de violencia guerrillera, es un discurso m-19. Puede citarse a **Lukas** y a **Lucía**.

Cuadro de tipologías

Tipo de Trayectoria → Tipo de discurso	Más Integrada	Integrada con rupturas	Disociada
Convencional	Tipo 1: Jacob , Duplat, Navarro, Junior, Sonia Dorita, Gonzalo	Tipo 2: Ernesto, Sharión, Ezequiel, Pizarro, Bateman	Tipo 3: Ospina
No convencional Experiencia	Tipo 4: Leyla	Tipo 5: Cecilia, Fernando	Tipo 6: Santos, Rigo

De la nueva violencia	Tipo 7: Delio	Tipo 8: Fayad Yolanda	Tipo 7: Lorenzito Lukas, Lucía
--------------------------	---------------	--------------------------	---

El cuadro presentado resulta del cruce de indicadores. En otra sede elaboramos los relatos de todos los incluidos (Luna, 2006a). Una guía resultado del desarrollo de esta tipología es: en la cúpula del M-19 dominan los *discursos de base convencional*, articulados por un principio social, de cualquier orden que sea, mientras que en sus bases son más recurrentes los de *base no convencional*. Aquí presentaremos cinco casos basados en entrevista que nos permitan avanzar en una hipótesis más general. Aparecen subrayados en el cuadro. En cada caso introducimos primero los rasgos de las trayectorias, incluye el tipo de participación en el M-19, y señalamos aspectos del auto reconocimiento, finalmente pasamos a su ubicación en la tipología.

Caso 1: Jacob

Jacob es hijo de una familia de raigambre del Valle que tuvo intereses terratenientes y reproduce tradiciones sociales y culturales de la región. Tiene 50 años (1996). Inició su acercamiento a la izquierda a finales del bachillerato, a mediados de los años 60. Su militancia con la guerrilla es iniciada a los 20-21 años, siendo un universitario. Su activismo escolar lo enfrentó muy temprano al régimen del Frente Nacional, aunque experimenta las oportunidades sociales creadas con éste, con la gran expansión de la educación, y las del ejercicio de una intelectualidad desde la familia y la universidad (el acceso a los libros y a una cultura europea de la época). Su adhesión a una ideología marxista viene del bachillerato y se consolidó en sus 3 años de universidad en la Nacional. Es un desilusionado de la primera fase del ELN. En Cuba, a donde fue a parar, prosiguió estudios técnicos y estableció un hogar que persistió por varios años hasta que recibe entrenamiento militar y logístico para ingresar al m-19, alrededor del año 82. Regresó como guerrillero rural, a los 36 años, después de adquirida una madurez política e ideológica, que poco tenía que ver con las trayectorias de otros miembros del M-19. Ingresa en la época militar y política más intensa del M-19 y se retira luego del auge y la crisis del grupo en el gobierno de Betancur.

Jacob dice reconocer una tendencia primaria profunda y de formación cultural en su familia (de infancia) que lo acercó a la izquierda y le trazaría un camino: un sentido de la generosidad con los pobres (no identificada con la caridad cristiana) ligada a la lógica de la filantropía de las élites vallunas, que le daba solvencia social a su familia (un reconocimiento para mantener nombre y prestigio), una actividad realizada de manera “natural”, sin arrogancias ni mayores esfuerzos, como una costumbre; también un sentido justiciero familiar, que permitía una percepción de las diferencias sociales y sensibilizaba la observación de los signos de la pobreza, sentido de justicia que no liga a una práctica del cristianismo, sino a una evaluación práctica del derrotero de su familia: esta sufría las penurias de la decadencia, tocada como estaba por los embates agresivos de la modernidad del Valle y por un doble vínculo con la violencia, en el despojo que los hacía víctima de ésta y en su participación como victimarios en algunos ejes de la red familiar.

Generosidad y laboriosidad justiciera eran bases desde donde su padre construía su actividad social y política en su ciudad. Ambos patrones de vida le transmitían a Jacob un derrotero social y político, anudado en la idea *retrospectiva* de haber sentido en su formación la exigencia de cumplir “una *misión*, de que estamos hechos para algo grande... como la *misión*

en la vida [no religiosa]... se hablaba de ciertos principios, ciertas metas de tipo espiritual... eso no estaba elaborado de manera explícita pero uno sabía que no se podía quedar atrás en el campo de su actuación... de su militancia... no hubo motivaciones de adquirir dinero”. Esta idea la reivindica Jacob para diferenciar socialmente su proyecto e integrar su vida, desde sus años juveniles, en metas de justicia y solidaridad social. Eran nociones primarias, dice, que no venían de una reflexión racional sobre la explotación o de compromisos históricos con el cambio, esto vendrá después incorporado al estudio del marxismo y a la práctica política. Según él, son metas prácticas cristalizadas con la experiencia vivida de la represión de las élites en sus fases de estudiante: reelabora un sentimiento de la injusticia social reinante que profundiza su distancia subjetiva con el “sistema social” y la transforma en recurso para su vinculación a las armas. Y cobran peso en la idea de la heroicidad que implica la práctica de esos valores con la idealización de la Revolución Cubana, una fusión que funda su conciencia de ‘un destino revolucionario’.

El discurso de la solidaridad y la justicia filantrópica es soporte del reconocimiento social de las élites en cuanto tales en Colombia y en el Valle. La filantropía opera como sustituto o complemento de las políticas públicas de bienestar. Interesa subrayar el aspecto subjetivo que concierne a los donadores, como prestigio e influencia social, ligado en el caso de Jacob a una conjura del sentimiento de inseguridad social en las clases medias que traía la modernidad. Y la creación de una red de solidaridad social barrial sostenida por ese prestigio, que luego va a ser usada por integrantes del m-19 en sus relaciones con la familia de Jacob. Es un mecanismo subjetivo para distanciarse de una trayectoria institucional y allegar una “toma de conciencia política” sobre proyectos de reforma social.

Jacob es del **tipo 1**, con cierta asociación de sus trayectorias, es un tipo de actor integrado al sistema en sentido negativo, en la medida en que él se piensa como un producto reactivo y, a su vez, como el medio para un perfeccionamiento social que borre las fallas del sistema.

Caso 2: Ernesto

Ernesto nace en Garzón, Huila, en 1964, de padres huilenses. La familia de su padre ha sido de militares. Su infancia y su adolescencia transcurren por diversas regiones del país, viviendo en casas fiscales de los batallones. Inicia su activismo de izquierda en sus primeros años de secundaria en Bogotá y lo perfecciona con una militancia en el MOIR en Montería. Desilusionado de la izquierda electoral ingresa al M-19, en 1981, dejando a un lado sus recién empezados estudios universitarios. Es el inicio de la fase militar más dura del M-19 y también la época en la que Colombia sufre los efectos de contextos de violencia nuevos e intensos. Ingresa a la Fuerza militar urbana del M-19 y muy pronto integrará la guerrilla rural, luego d la primera pasada por la cárcel, de una amnistía y un viaje a Cuba. Llega a ocupar posiciones de mando intermedias. Es guerrillero rural destacado y tan afirmado en lo militar que decide buscar sus propios medios de reingreso a la vida civil, después de casi una década de vida guerrillera, pues según él un retiro es preferible a una dejación de las armas.

Ernesto, posee un hablar entrecortado, repite palabras claves, gaguea en fases difíciles del recuerdo, comunica ansiedad y nerviosidad en la entrevista. Sin embargo, sus palabras quieren ser enfáticas y dar seguridad cuando habla de la política pero en especial cuando detalla los aspectos de la milicia. Muestra ironía cuando critica a militantes del M-19 o cuando se refiere a los militares a los que él considera sus enemigos principales. Es el típico guerrillero de fuerte convicción formado cuando el M-19 declaró al Ejército Nacional como su blanco principal. Su reflexión cargada de sentimiento es puntuada por palabras y frases

como ‘prácticamente’ y ‘era una situación muy particular’, que denotan su búsqueda del sentido de lo práctico y de reconocerse en los hechos. Él manifiesta que ese tipo de auto reflexión es un mecanismo aprendido del maoísmo, cuando era exaltada la búsqueda de una ‘revolución personal’ y de ser un hombre integral. Es para él un hecho progresivo del avance de su experiencia, de su compromiso, de su conciencia de juventud y de sus pasos posteriores. Es un hábito que le permite vincular lo personal y los eventos de su entorno político y nacional.

Su discurso da prueba de conocer lo militar y logístico. Dice aprehenderlo en su vida en la caserna. Una *disposición socio-cultural* usada en su trayectoria en la guerrilla para ganarse un lugar como combatiente (para él, fue la clave de su selección para ingresar al M-19 y no su experiencia política con el MOIR). Ernesto reelabora así tradiciones familiares militares. Hila con ellas una forma discursiva donde resalta un relato apasionado de hechos particulares y una agudeza para reconocerse en la experiencia militar *sui generis*. El curso de su experiencia y los hechos que la acompañan se integran a un discurso de lo *militar* con el que se percibe a sí mismo y le da sentido a su vida. Esta imagen de sí mismo como un experto está marcada por el sentimiento de adhesión carismática a los superiores (el respeto hacia su padre y a su realización práctica, y hacia el comandante Boris). Esta imagen se acompaña de dos aspectos. En su percepción de los hechos y en el sentido que les atribuye sobresale una *moralización* y un marcado objetivo de lucha contra la corrupción. Moralización desde un agudo sentido del compromiso, de la honestidad, del cumplimiento y de una actividad incansable, un esquema con el que evalúa a la guerrilla, a lo institucional y a las FF. AA. La lucha contra la corrupción le da la razón de ser a su ‘empresa’ y a la experiencia vivida.

En esos tres aspectos toma posición frente al curso de su vida. El dominio de lo militar, es el eje de la coherencia, mientras los otros dos le crean la relativa distancia frente al ‘sistema social y político’ y la institución militar. Todos legitiman su vida guerrillera y se sintetizan en su obsesión porque de la guerrilla nazca un “ejército verdadero” – leal al Estado y al ciudadano, sustituto del ejército nacional –, objetivo éste que en su discurso traduce esa distancia y le da a su vez una identidad negativa (integradora) con el propio sistema. Su discurso tiene una singularidad dramática, está articulado por la expresión del odio concentrado a la corrupción militar (‘cuando ya eran mis enemigos los conocí mejor’, dice). Este odio lo separaba de sus adversarios y lo unía a ellos. Está impregnado además de un cierto fatalismo y resignación para aceptar los dramas que para él trajo la alternativa militar y la guerra. Esta subjetividad no es una ruptura radical, está trazada como un destino transmitido desde su ‘herencia cultural’ primaria: para legitimarse pesan las palabras de su madre – cuando la despedida en Corinto, en 1984, “mijo no regrese ni como traidor ni como desertor” –, la prueba para Ernesto de su reconocimiento como luchador, de su honestidad, de su compromiso y de su realización militar, rasgos de un miembro de un ‘verdadero ejército’.

Ahora bien, la coherencia subjetiva de su discurso no encubre las dislocaciones en su vida: cambios azarosos en la trayectoria escolar, una trayectoria política ligada al azar de ciertos encuentros, la negación de sus hermanos, la situación actual que le niega la inserción en la vida civil, no reconocido como ciudadano (sin cédula que le de prueba de sus derechos, dice él). Finalmente, dicho discurso ha sido también institucional cuando se exigen cambios en las FF. AA. Igualmente, el modelo de autoridad resaltado en su relato de los cuarteles, aceptado por él como *la disciplina*, y que apoya el relato de una ética aprendida, no es un producto del ejército pues ha sido *un modelo formativo dominante en Colombia*, desde tiempo atrás – la idea de que la “letra con sangre entra” o de “se trata de corregir a los chicos porque lo propio es que posean una naturaleza malvada” –, modelo modificado tardíamente en el país, mucho más allá del fin de las hegemonías conservadoras. Ese modelo de normal aplicación en padres

y abuelos, aceptado por Ernesto, sigue teniendo un viejo reducto en la vida militar (tanto como en la jerarquía eclesiástica, el campesinado y lo popular, y pudiéramos añadir en la guerrilla), es una especie de subcultura del exceso que va a ser criticada por las nuevas generaciones de clase media y de élite como lo “antidemocrático”.

Ernesto es del **tipo 2**, se piensa como sujeto de una reforma institucional a tono con el imaginario del M-19. Es un ‘actor político’ integrado de forma negativa en la idea de encarnar una lucha por perfeccionar el sistema y la institución militar apoyado en un ‘deber ser’ de las FF. AA. Esta identidad negativa-integradora recupera, para construir memoria política y actuar, el recuerdo de los valores ético-militares de su padre. Es un esquema de valoración donde la imagen del guerrillero rural es la máxima realización del hombre combinada con la imagen recuperada de su padre militar. Desde ese esquema trata de reconocerse a sí mismo en medio de las dislocaciones dramáticas en su trayectoria biográfica.

Caso 3: Ezequiel

Ezequiel nació en 1960 en la vereda de Milán, Florencia, Caquetá. Procede de padres campesinos y de colonos de la región, con experiencia urbana en Florencia. Habiendo realizado algunos años de bachillerato, en un colegio de curas, y siendo un jornalero campesino ingresa de 18 años al M-19. No tiene antecedente político a este ingreso. Es un guerrillero que vivió todas las facetas militares rurales, desde las brigadas móviles hasta la desmovilización, pasando por la concentración de fuerzas en el Caquetá en 1981-1982. Once años de milicia lo acreditan como un duro combatiente, que llegó a mandos intermedios –teniente coronel– bajo la jefatura de Boris, en la columna del M-19 militarmente más fuerte. Participa del redescubrimiento de esa región sur para el país, que produce el M-19 con su acción, un reconocimiento de las zonas selváticas de la amazonía a través de la violencia política, mostrando un país fragmentado en el territorio, integrado sólo en su zona andina. En el momento de la entrevista, a los 36 años, tenía un cargo político ganado en las elecciones municipales en el Huila.

Ezequiel habla de una manera fluida y corriente, con un tono firme, seco y parco, sin mucha floritura y yendo al grano, que revela su seguridad centrada en su experiencia guerrillera y en su formación en el M-19. Si no fuera por sus facciones mestizas, aindiadas, nada de su hablado ni de su porte nos diría de su “origen campesino”. Un casi imperceptible comerse las *c* y *p* antes de consonante, revela las dificultades y las entonaciones del hablar popular, sin que Ezequiel muestre el porte humilde y modesto que las acompaña.

El sentido narrado de su experiencia se inscribe en el discurso político de “romper la columna vertebral del régimen, el ejército”, y de “vencer el bipartidismo”, y su relato muestra como poco a poco se funde él, junto con su conocimiento del campo, en el proyecto del M-19. Es un conocedor de la experiencia política y militar del Caquetá, del Cauca y de las columnas más beligerantes del M-19 que se tomaron el Valle. Ezequiel tiene el porte del guerrillero del M-19 y destaca su ascenso en la jerarquía. Este asumirse con seriedad en su experiencia no le impide mencionar la forma casi banal de sus nombramientos en la guerrilla y, para sorpresa de quien lo escucha, muestra gran complacencia por el reconocimiento de méritos que le llegaba con ellos, a veces como una ocurrencia inesperada de sus comandantes; esa banalidad cobra orgullo y trascendencia para él cuando hace énfasis en su percepción de la superioridad social, política y militar de sus jefes. Es una distancia social que en su discurso se transforma en punto de mira para reconocerse a sí mismo. Ella le da legitimidad a su vida guerrillera, enaltece su condición campesina. Además, hay en Ezequiel esa seguridad y esa altivez que da

el haber pertenecido a un proyecto que tuvo realizaciones y que fue construido desde ciertas osadías, que para él sigue vivo por otros medios políticos a pesar de su declive en 1996 momento de la entrevista.

El reconocimiento de su capacidad militar y una cierta visión política (una mirada sobre la pobreza y el sufrimiento campesino, repetida con énfasis, y una idea sobre las injusticias cometidas por el ejército) integran el curso de su vida y le sirven de soporte para un reconocerse a sí mismo. Adjunta además el relato de dos elementos subjetivos convencionales del medio rural: una *religiosidad* y una devoción a la Virgen unidas a un *fatalismo* como forma de interpretar el destino. Dice tener una *religiosidad interna* nacida al separarse políticamente de los curas (por sus prácticas), aunque no dejó de asistir a las misas de los curas presentes en el M-19; un trazo de ella, subrayado por él, fue el buscar siempre en cada combate un lugar donde si lo mataban su cuerpo no fuera a quedar desintegrado y disperso (el temor a la disgregación de los restos mortales en espera a la “resurrección de los muertos” de la cristiandad). El *fatalismo* oficia en la interpretación del sentido y del acontecer en el curso de la vida ‘*que le tocó vivir*’, y en el momento de la muerte o de la ‘mala suerte’: “*de esas cosas de la vida*, mis padres vivían en Florencia y compraron una finca en Milán y se fueron a vivir allá”, o bien, el ‘*se llegó el día y la hora*’ y ‘*ésto era lo que me tocaba*’ con que asumían el castigo, los enjuiciados en la guerrilla, o los efectos de la guerra.

Todos son principios que asocian en Colombia el campo a un destino de violencia política (la facilidad de los ingresos a la guerrilla en la región como ese “*azar que se le atraviesa a uno en el camino y le define el destino como algo previamente escrito*”). Un proceso espontáneo que va más allá pues Ezequiel es el ejemplo de quien, con la actividad guerrillera, se topa con un reconocimiento no buscado de antemano; era alguien que vivía una vida anónima de campesino en una región también ‘anónima, olvidada y perdida’ para el país (no era un campesino cafetero en el ejercicio de los derechos que le dan soporte a su existencia social y lo hacen sentir partícipe con su labor de la construcción de un país). El orgullo de Ezequiel nos hace pensar que en su complacencia se medía la distancia social y política entre los campesinos enrolados en su región y el mundo formalizado de lo urbano, que con los proyectos de guerrilla encuentra por fin una representación problemática de la articulación entre lo local y lo nacional, de la superación de la distancia entre campo y ciudad, al menos en el caso del m-19 que los proyectaba más allá. El talante público mencionado de Ezequiel hace parte de la novedad del talante social emergente con los nuevos contextos de violencia de los años 80 (el Caquetá y el Putumayo no fueron tocados por la violencia de los 50), con sus discursos desintegradores de la sociedad del Frente Nacional.

Ezequiel es del **tipo 2**, siendo *un sujeto convencional al estilo colombiano del campo*, que sufre los impactos propios de una guerra que crea disociaciones fuertes en el curso de vida de sus partícipes – hasta dejar atrás la condición campesina original –, en este caso campesinos fácilmente dispuestos, como en el *juego del azar*, a dicho desgarramiento de violencia. Ezequiel brinda un talante de reconocimiento centrado en su participación en la guerrilla, talante articulado a una imagen de su procedencia campesina, que le reporta una identidad primaria integradora. De ella viene la recurrencia de aspectos tradicionales del campo que integran miradas sobre su lugar en la guerrilla desde la jerarquía social de los comandantes, quienes le asignaron lugares de autoridad militar y política.

Caso 4: Sharión

Sharión nació en 1960 en Toro municipio del norte del Valle del Cauca. Hija de pequeño campesino liberal y de madre desheredada de familia de campesinos ricos conservadores. Era una niña de brazos cuando migró junto con su familia a Cali, por causa de ‘la violencia’. Creció y vivió su adolescencia en esta ciudad. Aunque con contactos personales con redes de izquierda y con militancia estudiantil previa, Sharión pasa directamente a formar parte de la guerrilla sin una previa y definida participación política. Pasa de las ideaciones familiares sobre el país y lo político, y de los contactos afectivos de amistad y fraternidad con la izquierda, a una militancia radical armada. Abandona en sus inicios los estudios técnicos que realizaba una vez terminada su secundaria. Tenía 19 años, vivió la experiencia del entrenamiento en el exterior, participó del desembarco de una columna guerrillera en el sur, fue herida y tomada prisionera. Guerrillera rasa tuvo su “carcelazo” de dos años tan pronto se inició en su participación rural, después de casi 3 años de colaboración urbana. Luego de ser amnistiada, y teniendo presente la imagen de su cuñado (guerrillero urbano del M-19) muerto a manos de agentes del DAS, recién salido de la cárcel, ella toma el camino del exilio. Vivió ella la época del robo de armas del Cantón Norte, la toma de la Embajada dominicana y la amnistía de Belisario Betancur en 1983.

Sharión, tiene 38 años. Su manera de hablar es típica de una mujer crecida en barrio popular de Cali, con gran capacidad de burla sobre sí misma y los pares en la conversación, un tipo de “humor negro”. Como perfil de su personalidad subraya una cierta agresividad que atribuye a un rasgo particular de su formación en un barrio popular y a los conflictos de ese contexto vivido con intensidad en sus años adolescentes. También subraya su rebeldía, heredada de su padre, y, lo principal, reivindica a su vez una reacción contra la violencia política sufrida por éste y su familia en los albores de los años 60. Ella es la hija menor con una acentuada relación filial de “preferida de su padre”. El nombre de *Sharión*, que proviene de su padre y según ella marca su identidad con él, sintetiza la forma como narra su vida política y su compromiso, su manera de pensarse en él y presentarlo en la entrevista, como explicación de su destino.

En el *énfasis puesto en esta percepción de su lugar en la familia* nos topamos con una construcción de “memoria histórica” en medio del lazo familiar que, además de influenciarla, al reproducir cierta imagen de la realidad política y social nacional, le sirve de elemento integrador de su experiencia, que legitima la toma de armas y la oposición política. Es una imagen del conflicto político violento, regional o nacional, que cruza la vida familiar, y que según ella se origina en el recuerdo de infancia del relato paterno de su vivencia de *la violencia* a inicios de los años 60. A esta imagen une las palabras de su padre para que no deseara realizaciones culturales, el ser bailarina clásica, “usted tiene que ser secretaria, lo otro es un deseo realizable sólo en los ricos”, y “nosotros somos pobres debido a la violencia”. A la pobreza une la imagen de una madre desheredada por casarse con liberal. Traza así un horizonte de imaginarios para reinventar una tradición de violencia política que según Sharión explicaba su vínculo con el m-19 y que como discurso le sirve para distanciarse del sistema político. Este eje de la narración, surgido *a posteriori* del ingreso a la guerrilla, integra idealmente su trayectoria personal y la constituye en sujeto confirmándole una distancia con los caminos normales de realización de su vida, los que correspondían a su condición social.

Es una distancia que le permite pensar su adhesión al M-19 y su proyecto de cambio, pero que retrospectivamente enlaza varias etapas de su vida y le sirve para asimilar las múltiples rupturas que implicó el ingreso a la violencia política (la salida de la casa, el ingreso novedoso a la sexualidad, su primer ‘hogar’ cuando su joven militancia y que contraviene normas familiares, hogar desbaratado por la clandestinidad, luego un viaje inesperado al exterior para la preparación a la guerrilla, y así mismo la cárcel ante el desembarco frustrado y el sufrimiento familiar, la huída al exterior, el alejamiento del proyecto político, etc.). Le concede pues un sentido integrador a sus decisiones de juventud y en esa integración oculta una gran distancia con la vivencia real de los quebrantos y las incongruencias sociales nacidas de una trayectoria de vida decidida por ella.

Su construcción de “memoria histórica” es motivada por primera vez en el reencuentro con su padre a la salida de la cárcel. Es reiterada luego como la clave de su vida y de su decisión al momento de la entrevista. Sharión la articula a su reformulación de valores y creencias personales sobre la realidad social y política. No se trata de una redefinición ideológica nacida de su inserción en un movimiento social, a pesar de haber sido activista en el movimiento estudiantil, sino de una representación construida como rasgo de una experiencia familiar. Es reforzada en el M-19 por las experiencias similares explotadas por sus dirigentes como motivos para la acción, especialmente Bateman, en un intento de creación de una memoria colectiva dentro del grupo como soporte de su visión política común, que va cruzando el camino del reconocimiento individual de Sharión. Ella le permite encontrar ante su padre una representación, que compromete el interés familiar, para explicar su compromiso político lejos de una motivación ideológica (tal vez porque se trató de una conversación en la intimidad y no de un discurso en lo público, aunque adquiere este carácter en la entrevista; también es posible que esa atribución tome fuerza porque se trate de un relato femenino).

En síntesis, si bien es esta ‘memoria histórica’ la que marca la distancia con el sistema social y la constituye en sujeto, hay otros ingredientes más en los que se reconoce Sharión. El talante de su militancia narrado con humor, la de ser la consentida de su padre, rebelde y combativa ante la autoridad interna del M-19, con sus jerarquías narradas como relaciones paternas según el caso.

Sharión es del **tipo 2**, tiene unas trayectorias biográficas integradas hasta cuando ingresa al m-19. Ella se reconoce a sí misma a través de percepciones asociadas al contexto de la antigua violencia, que retoma de su familia, junto con imágenes dictadas por su padre sobre los límites impuestos, al curso de su vida, por las condiciones sociales y económicas vividas en lo urbano. Con esta serie de imágenes legitima su militancia con la guerrilla.

Caso 5: Lorenzito

Lorenzito nació en 1975 en un corregimiento de Corinto-Cauca. Hijo de una alianza entre una indígena paez, campesina de Caloto, y un antioqueño hijo de inmigrante paisa. Su padre, siguiendo cierta bonanza familiar, buscó ser pionero en los cultivos ilegales. Lorenzito asegura que tuvo dinero y comodidades, que a sus hermanos y a él no les faltó el sostén económico y los regalos navideños. La región comprende la zona plana de haciendas e ingenios de caña de azúcar y la zona montañosa de economía campesina, minera e indígena, donde se insertan en los años 70 y 80 cultivos ilícitos y actividades asociadas a su auge como el contrabando. Esta composición genera un contexto de fragmentación de las actividades agrícolas campesinas tradicionales, afectando a las familias, y la zona se transforma en reducto de la actividad de diversos grupos ilegales y armados. Lorenzito hacía la primaria

cuando ingresó a los diez años a la guerrilla. Siguió el camino abierto por sus hermanos mayores quienes tomaron esa decisión en la adolescencia. En la guerrilla siempre estuvo al lado de los dirigentes por su edad y las actividades asignadas a los niños (Libardo Parra, Marcos Chalita y Pizarro). Ingresó justo con el declive del M-19, cuando la región sobresalía por ser un territorio dominado por un nuevo contexto de violencia. Sus hermanos mueren después de desmovilizados en distintos negocios ilegales y su hermana muere a manos de las FARC por supuesta traición. Su padre vive la ruina del despilfarro y de sus malos manejos en los negocios.

Desde el primer diálogo, en su forma de hablar, en su lenguaje y su forma de razonar, Lorenzito sorprende por el predominio de un fuerte acento paisa y una lógica antioqueña de ver las cosas y de presentarse a sí mismo. Contrasta con su aspecto físico de indígena – que podría anunciar un hombre retraído y malicioso – una habilidad especulativa para improvisar sin rumbo y con fragmentaciones. Lorenzito se ubica en el centro de una historia, social y política, y define en relación con ella sus recuerdos y a través de ella toma una distancia para pensarse y pensar su vida pasada y presente: “Recordar es tener la facilidad de ser uno... en unos instantes de recuerdos, ser libre. La historia trae consigo muchas cosas, trae satisfacciones, trae desventajas...”, a lo que mezcla ideas políticas sobre el país, la democracia y la necesidad de sostenes familiares.

En esa mezcla se reiteran las puntuaciones de “estilo paisa” como “el superarse”, el “sentirse hombre”, el “tener una familia por quien velar”, el “sacar adelante la vida y la familia”, el definir la guerrilla como una empresa y a sus agentes como gerentes. Por su lenguaje se pensaría que estuvo involucrado en un tipo de actividad legal, coherente, con recursos adquiridos previamente para desempeñarla, sin desgarramientos y que además en su ejercicio se hubiera producido un crecimiento, un aprendizaje y un alcance de objetivos previos (un éxito). Parecería ser el lenguaje de un actor integrado al sistema, una impresión que a lo largo de la entrevista desea producir Lorenzito.

El de Lorenzito es un discurso que quiere unificar el significado de la experiencia vivida. Para ello recurre hábilmente al discurso de uno de los líderes del M-19 para colocar, al inicio de su experiencia, el deseo de realización de un sueño y la vivencia de una locura, retórica del M-19 usada para negar la tradicional causa argumentada del “hambre o pobreza” como motivación a la toma de las armas. Así al narrar su ingreso a la guerrilla sintetiza su experiencia en ella contrastando la vida tradicional del campo con la *dimensión de protagonista de una historia* (lo que la política tradicional no define en sus adherentes o en el ciudadano común) recurriendo a una metáfora mediática que le sirve de síntesis para resaltar una vez más la noción de ser un personaje: “todos los días uno vivía una historia distinta y una película donde uno era el protagonista”.

Es un momento de conciencia en el diálogo de la entrevista en el que se reconoce auto identificándose con la Historia, con una Fuerza que lo trasciende y donde el individuo aparentemente sería lo de menos, pero en el fondo se siente orgulloso y héroe de esa vida, su vida. Este esquema se prolonga hasta la reflexión sobre su situación actual y su familia, situación que conecta de inmediato con una reflexión sobre el fracaso de la política del M-19, caído en un grupo tradicional más, y sobre su destino individual: “yo soy un espectador más de esta política [...] porque tengo frustraciones grandes [...] uno ve, no hay revolución perfecta, que no existe el hombre realmente integral del que se hablaba, de que no hay moral”.

En el hilo narrativo esa subjetividad de “la ideación paisa” (centrada en un yo fuerte) da la imagen de dirigir su vida y dominar el contexto que lo rodea. Ella integra su experiencia y lo defiende, en la mirada retrospectiva, de un mundo en fragmentación, que ha sido su propio contexto de vida, de donde nace la fuerza que impulsó sus decisiones. Cuando en realidad es su vida en sí misma – con el destino que se va forjando y la del destino de su entorno – la que se percibe como sirviendo de expresión a las dislocaciones, dándole sentido a las trayectorias inconclusas, a la mezcla de hechos disímiles del contexto social creado por los actores ilegales, locales, regionales y nacionales.

Esta manera de mezclar distintos elementos nos dice de un recurso típico de la ideación de la cultura paisa, que juega un papel central en la reconstrucción de la experiencia y de la afirmación ideal de una identidad, un recurso para reconocerse. Es un tipo de discurso sobre sí mismo, la familia, el trabajo, las dificultades en el hacer la vida que tiene perfiles reconocidos en Colombia y que encierra valores fuertes y un sentido conservador aunque dinámico en las trayectorias de vida. En el caso de Lorenzito hay una fuerza de esa ideación que propone, después de sucedida la experiencia de rupturas en la guerrilla y otras más (en la reinserción, en el matrimonio, en el destino de los familiares, etc.), un proyecto de vida coherente.

Lorenzito es del **tipo 9**, en su historia se descubre el contexto de las nuevas violencias como *el sujeto principal*, que se esconde bajo el discurso de un supuesto *sujeto fuerte* que desea ser Lorenzito al presentarse como gobernando su vida (él nunca pudo tener seudónimo propio y el diminutivo se lo pusieron por extensión del de Lorenzo, su hermano mayor guerrillero). Frente a tal contexto, los fraseos políticos capturados del M-19 y los sociales recuperados de su historia familiar son los soportes que sirven para tomar distancia de lo vivido y para proponerse a sí mismo como un sujeto autónomo, que reconoce una continuidad e integración en el relato que reconstruye su experiencia.

Conclusión

Los anteriores desarrollos resaltan las dificultades que existen para asignar al M-19 una identidad colectiva e individual homogénea. La diversidad social le dio especificidad política y cultural a esa guerrilla y la estableció como un fenómeno de la transición y la inscribió en los propios parámetros del Frente Nacional, en cuya superación final el propio M-19 se empeñaba. A partir de la tipología esbozada el M-19 aparecerá como un fenómeno de reformulación de tradiciones y de lógicas de acción dominadas por el azar, rasgo de cierta forma de modernidad tardía, que sella el carácter disociado de sus propias estrategias y de sus vínculos sociales y políticos. Si pudiéramos hablar de un hilo narrativo colectivo del discurso diríamos que éste se compone de fragmentos de discursos de la sociedad colombiana.

El análisis propuesto muestra además la diferencia entre el M-19 y otras guerrillas colombianas, y también con el caso italiano en el que la ideología imprimía un sello fuerte a la guerrilla urbana y a sus miembros, operando un distanciamiento del mundo externo social, cultural y político, reforzado por el encierro clandestino (Della Porta, 1995). El M-19, un grupo abierto a muchas redes, en vez de separar, atrae diversos parámetros socioculturales, alimenta prácticas y discursos individuales, interesado como estaba en usar todas las *disposiciones socioculturales* y en hacer un recurso de ese mosaico de “hombres corrientes”, para su acción organizada (Friedberg, 1997).

Un examen más detenido de la tipología presentada, aclararía que esa dimensión colectiva no puede ser tenida como una simple unidad, ni puede ser tomada como “un dato previo” por el investigador, que no pueden darse por descontadas –desde unas supuestas condiciones macro estructurales – las percepciones, las valoraciones y las decisiones que les dieran a unos individuos el sentido “comunitario” de su acción; que es necesario detenerse en el análisis del proceso que les permite definir la situación que los hace susceptibles de actuar en común. Pero, por otro lado, ayudaría a mostrar que las diferentes subjetividades por sí solas no bastan para explicar por qué unos individuos se reconocen y llegan a formar parte de un “nosotros” con cierto grado de integración. Quiere esto decir que la dimensión colectiva tiene que ser reconstruida como el producto de procesos sociales diferenciados, donde compiten una variedad de orientaciones subjetivas de la acción, y respecto de lo que vale la pena preguntarse de qué manera esos elementos variados y hasta disímiles concurren a formar un conjunto y cómo puede desde esa diversidad constituirse y mantenerse un actor “colectivo”.

Bibliografía

- ADORNO, T. y HORKHEIMER, M. (1969). *La sociedad*. Buenos Aires, Proteo.
- BEJARANO, Jesús Antonio (1994). *Una agenda para la paz, aproximaciones desde la teoría de la resolución de conflictos*. Bogotá, TM Editores.
- PALACIOS, Marco (1999). “Agenda para la democracia y negociación con las guerrillas” (pp. 59-107), en LEAL, Francisco (ed). *Los Laberintos de la guerra. Utopías e incertidumbres sobre la paz*. Bogotá, TM Editores, Universidad de los Andes.
- BERTAUX, Daniel :
- 1992 *Les transmissions familiales intergénérationnelles: Esquisse d’une approche comparative*, Communication présentée à la conférence franco-soviétique « Psychanalyse et Sciences Sociales ». Moscou, 30 mars – 5 avril 1992.
- 1997 *Les récits de vie*. Paris, Éditions Nathan Université.
- CATANZARO, R. y MANCONI, L. (a cura di) (1995) *Storie di Lotta Armata*, Bologna, Il Mulino.
- DE CONINCK, F. y GODARD, F. (1998) « El enfoque biográfico a prueba de interpretaciones. Formas temporales de causalidad », en Lulle, Th, et. al. (Coords.), *Los usos de la historia de vida en las Ciencias Sociales II*. Barcelona, Anthropos, IFEA, CIDS.
- DELLA PORTA, Donatella:
- 1987 “Storie di vita e movimenti collettivi. Una tecnica per lo studio delle motivazioni della militanza politica”, en *Rassegna Italiana di Sociologia* 4, ottobre-dicembre.
- 1990 *Il Terrorismo di Sinistra*. Bologna, Il Mulino.
- 1995 *Social Movements, Political violence, and the State”. A comparative Analysis of Italy and Germany*. Cambridge University Press.
- DUBET, François (1994) : *Sociologie de l’expérience*. Paris, Éditions du Seuil.
- DUBET, F., WIEVIORKA, M. (sous la dir.) (1995). *Penser le sujet, autour d’Alain Touraine*. Colloque de Cerisy. Paris, Fayard.
- FRIEDBERG, Erhard (1997): *Le pouvoir et la règle. Dynamiques de l’action organisée*. Paris, Éditions du Seuil.
- ION, Jacques (2006). « Le nouveau paysage militant. Entretien avec Jacques Ion », en MOLÉNAT, Xavier (Coord.) *L’individu contemporain. Regards sociologiques*. Auxerre, Éditions Sciences Humaines.
- JIMENO, Myriam (2006). *Juan Gregorio Palecho: historia de mi vida*. Bogotá, CRIC, ICANH, Universidad del Cauca, Universidad Nacional de Colombia.

- LARA, P. (1982). *Siembra Vientos y recogerás tempestades*. Bogotá, Editorial Planeta.
- LUNA, Mario:
- 2005 *El M-19, una interpretación de un actor político armado*. Informe de investigación. Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle- CIDSE.
- 2006 *Resistir es vencer, la hipérbole política y militar del M-19*. Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Valle, (sin publicar).
- 2006b “Sociología de la guerrilla en Colombia: Guerrillas y M-19”, en *Sociedad y Economía* 10, pp. 157-188.
- MARTUCELLI, D y CARADEC, V. (éds) (2004) *Matériaux pour une sociologie de l’individu*. Presses Universitaires du Septentrion.
- MEAD, G. H. (1963). *L’ esprit, le soi et la société* (1934). Paris, PUF.
- MELUCCI, Alberto (1987). « Sul coinvolgimento individuale nell’azione collettiva », en *Rassegna Italiana di Sociologia*. a. XXVIII, 1, pp. 29-53
- PALACIOS, M. (1995). *Entre la legitimidad y la violencia Colombia, 1875-1994*. Bogotá, Norma.
- PÉCAUT, Daniel (1987). *L’ordre et la violence. Évolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953*. Paris, Éditions de l’ÉHESS.
- RAMÍREZ, Benigno (1997). *Memorias de un soldado cubano*. Barcelona, Tusquets Editores.
- RICOEUR, Paul (1990). “Individuo e identidad personal”, en Paul Veyne et. al. *Sobre el individuo*. Barcelona, Paidós Studio, pp. 67-90.
- SCHMITT, C. (1992) “Théorie du partisan”, en *La notion de politique. Théorie du Partisan*. Paris, Flammarion.
- SNOW, David (1986). “Frame alignment processes, micro mobilization and movement participation”, en *American Sociological Review* 51. august, pp. 464-481.
- TARROW, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Universidad.
- TILLY, Charles, (1978). *From Mobilization to Revolution*. California, Reading, Massachusetts. Addison Wesley.
- TOURAINE, Alain:
- 1987 *El regreso del actor*. Buenos Aires, Eudeba.
- 1997 *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires, FCE.
- WIEVIORKA, Michel (1988). *Sociétés et terrorisme*. Paris, Fayard.
- Entrevistas del autor y de María Elena González C. a: Raúl Alameda y a Luis Emiro Valencia, en Bogotá, mayo de 2005 y julio 12 de 2005 respectivamente.
- Entrevistas del autor a: Jacob (Cali, agosto de 1996), Ernesto (Cali, octubre 7 de 1996), Ezequiel (Bogotá, 21 de septiembre 1996), Sharión (Paris, febrero de 1997), Lorenzito (Cali, septiembre de 1996).